

El duende del Tiempo

Alicia Ponte-Sucre



Prólogo

El silencio no es mudez. Un silencio rodeado de poesía es un silencio que habla. El silencio anticipa el inicio de una relación, la mudez la excluye. El silencio abre puertas, la mudez las cierra. En el silencio las musas revolotean y juegan, te permiten soñar y expresar lo que sientes, ofrecerte sencillamente y colmarte de emociones. El duende del Tiempo es un poco eso, la narrativa de cómo el silencio de estos años se ha transformado en historias que trazan el camino recorrido. Alegría, apertura, dolor, incompreensión, nostalgia, plenitud, satisfacción, soledad. Una oda a tiempos vividos a conciencia y con entrega. Se construye con presencias, y también se construye con ausencias.

A Tove y Narve

Diciembre 2024

Personajes

Eliert: Filo de la espada

Fraya Gro: Crecimiento noble

Knud: Nudo

Narve: Encerrado

Njal: Gigante

Tove: Paloma



Voy caminando por el pasillo.

Veo pasar una sombra.

Un hombre alto, delgado, de unos 45 años, buenmozo, pasa rápidamente frente a mí. Su andar es enérgico, pisa con seguridad, sabe que tiene el mundo a sus pies. Su mirada de pupilas grises, segura, está convencida de que sus ojos abarcan todo lo que cabe en una mirada seductora. Su sonrisa enmarcada en una barba tipo candado atrae a quien esté a su alrededor. Su verbo, convincente, altivo, decisivo. Me mira de soslayo y sigue su rumbo. Acaba de llegar de viaje y se reincorpora a su trabajo.

Sigo mi camino, pregunto quién es él. Me dicen, Njal. Eso ocurrió hace más de cuatro décadas. Desde entonces la historia se encargó de entrelazar nuestras

vidas y les permitió acercarse. Hoy seguimos juntos, tenemos mucho que contar y compartir.

II

Un día, después de haberlo visto en el evento entendí que lo que me sucedía, era lo que soñaba desde hace meses y no quería reconocer.

En un momento extraño de mi vida, en un instante inesperado, apareció él y se cruzó conmigo. Con su sonrisa disimulada detrás del bigote, con sus ojos grises enmarcados por cejas pobladas y lentes gruesos, de oro, con su caballerosidad a toda prueba y su porte de gran señor.

Lo vi venir hacia mí, y mi alma se resistió a moverse del lugar donde estaba parada. Pendiente de ese instante imperceptible pero eterno en el que comprendí lo que sucedía. Y entonces la escena se transformó en un sueño.

A mi alrededor la gente bailaba, máscaras sobre sus rostros escondían quienes realmente eran. Todos vestidos con trajes de luz, hermosos y brillantes, como en un carnaval, alegres.

Él y yo nos encontrábamos en un salón, una ventana amplia y luminosa nos permitía vislumbrar el mar, azul, intenso, donde sus ojos grises se reflejaban serenamente. Su mirada, era un halago, y yo sentía que su sonrisa me rodeaba y acariciaba.

Me dijo quedamente, eres producto del azar que te ha sonreído. A veces necesitamos controlar ese azar. Ese momento ha llegado para nosotros. Si tu accedes, yo te acompañaré. Y en ese instante comprendí que él y yo éramos estrellas que estallaban una dentro de la otra; que, a pesar de ser tan distintos, su presencia me ayudaría a crecer, para ser guardiana de sus pasos, sentir sus vivencias, como protagonista y narradora de su vida. En ese momento percibí que nuestras vidas no se separarían.

III

A veces sentir envuelve tantas cosas y aspectos que se mezclan, que se hace difícil explicarlo, sólo una palabra es capaz de encerrar todo el sentimiento involucrado "TU":

IV

El sol medía mis pasos por el mundo. Yo caminaba entre las horas, confusa, extraña, buscaba mi horizonte, ¿dónde el sol vivía? ¡No sabía, me preguntaba, qué confusión tan grande!, muerta ante la belleza natural; un día sentí la grandeza y lo bello de la existencia. Tus pasos comenzaban a juntarse con los míos, me confundía. De pronto me detuve y pensé que te quería, qué confusa estaba. Sabía que tu vida había dado luz a la mía, luz y alegría para querer verte cada día, sentirme feliz de vivir, de amar.

Ahora mi vida está llena de color, soy un alegre ave que vuela en el espacio infinito, que necesita de ti como el mar a la orilla, y las estrellas a la oscuridad para poder brillar, y la fuente del agua alegre para darle frescura, como a una flor al sol y la primavera a la flor, así necesito yo de ti, así quiero vivir mi vida, llena de luz, llena de picardía, sintiendo el amor, viviendo y aprendiendo contigo, sin dejar de ser yo, y entregarme cada día al fuego de tu amor.

V

He vuelto mis ojos hacia mí y he descubierto una estrella, un rayo de luz que estaba escondido y dormido. Un lucero pequeño donde el amor florecía, presa dentro de un imposible. El hecho de haberla descubierto, de haberla mirado, la hizo crecer y romper los barrotes que la separaban del cielo. Una noche su luz pudo más que su inverosímil y allá se fue a brillar y dar calor, libre, sin ataduras. Esa estrella soy yo con mis temores y misterios, convencida de querer brillar, llena de amor.

VI

A veces al levantarme después de haber estado contigo, una brisa cálida llega hasta mis mejillas y las hace ruborizar, la laxitud me embarga, un halo de alegría me plena y me hace estremecer. Siento la vida que se me ofrece a cada instante, quiero volver a nacer para volver a amarte, percibo que el sol brilla para nosotros. En su calor te siento contento, te imagino con tu sonrisa pícara y llena de vida.

VII

Tu mirada cayó sobre mí y yo me ruboricé, por un momento quise escapar a su fuego, aunque sabía que no sería posible, algo nos atraía era imposible luchar contra ese algo.

Tus miradas se transformaron en conversaciones, inocentes tal vez, una simple excusa para estar cerca uno del otro.

Sin querer algo nos unió, las barreras estallaron y lo que nos llenaba se desbordó. Aprendimos a comunicarnos con nuestros cuerpos y sentimos como cada vez que ellos y nuestros sentimientos se unían, un rayo de luz nos tocaba y nos transformaba en una sola persona, un solo ser, un solo sentimiento.

Desde entonces buscamos juntos esa conjunción, esa unión, ese sentimiento de identidad. Desde entonces comprendo más al mundo y comparto con él la certeza de que de la más extraña soledad surge la necesidad del amor, razón que mueve la vida y los corazones.

VIII

Esa mañana estaba acostada en la playa. La luz oblicua anunciaba con sus colores el amanecer. Naranja, violeta, amarillo, matices que enmarcaban la salida triunfal del sol, que se asomaba tímidamente a través de nubes que le servían de mullida almohada.

Una libélula, traviesa, agitaba sus alas. Estas emitían un sonido claro y brillante como de una pequeña campana. Campanita recorría con esmero mi cara; cada vez que el mar se acercaba y se retiraba, el oleaje la ayudaba a reconstruir pacientemente mis facciones con minúsculas gotas de agua salada, en las cuales la luz de la madrugada se descomponía en miles de colores. La libélula volvía a comenzar cada vez que el mar volvía, y lo hacía cantando y divirtiéndose salpicando el agua sobre mis ojos y riéndose conmigo.

A mis pies se desplegaba una alfombra de corales, suave y mullida, que se extendía a medida que yo avanzaba. Yo caminaba sobre las puntas de mis pies, dando vueltas sobre mí misma, al infinito.

Mi cuerpo estaba cubierto de pañuelos que flotaban al viento, que se desplazaban al compás de la brisa, y al girar conmigo, susurraban sonidos

amables. La luz del sol me iluminaba, el mar ronroneaba, su color azul intenso se adornaba con crestas de olas límpidas y blancas como nieve. Mi piel parecía cubierta con nácar brillante, intenso bajo la luz del sol, con visos tornasolados. Un aura de color rosa y naranja se transformó en mi traje final.

Así vestida comencé a caminar y me adentré a un bosque de árboles altos y frondosos. La sombra era interrumpida por la luz que se colaba entre las hojas de los árboles y producía claro-oscuros que maravillaban por su belleza. Luego de un buen trecho, Campanita y yo, llegamos a una pequeña capilla de piedra que tenía adelante una plaza con un pozo muy hermoso sobre el cual se reflejaba la luz del sol. De la capilla surgían caminos de piedrecillas que la bordeaban. Una señora de rostro afable, ya anciana y robusta estaba allí. Al preguntarle dónde podía estar lo que buscábamos, ella nos indicó seguir por el camino de piedras, bucólico. Surgió ante nosotros un campo de flores, en medio del mismo me veía acostada, disfrutando de la brisa y del calor del sol. Estoy tranquila, aparece un caballero a quien no le veo la cara, me levanto. Las hojas amarillas del otoño se adhieren a mi ropa, me indican que estoy en el camino. Los ojos del caballero me inspiran serenidad. Comienzo a desandar el camino, a caminar hacia casa. Vuelvo mi mirada, lo busco en el campo, viene detrás de mí, rodeado de hojas del otoño que se levantan al ritmo del viento y forman torbellinos que se desplazan por el campo.

IX

Si algún día inexplicablemente me faltara tu presencia, tu ausencia me acompañará.



X

A veces la vida nos juega jugarretas incomprensibles, muecas que no podemos entender. En esos momentos el consuelo de quienes nos rodean es insuficiente y sólo entregarnos con entereza a eso que nos toca vivir permite que la vida siga transcurriendo, porque hay otros que nos aman, otros que nos necesitan.

Ver como un ser tan querido, se despide de esta vida antes que nosotros es una experiencia terrible. Nos está tocando. La integridad y fortaleza que necesitas en estos momentos de tanto dolor nadie puede dártela, debe surgir de ti. Eilert vivirá entre nosotros mientras lo recordemos. Nos acompañará siempre. El será nuestro ángel de la guarda. Nos ayudará a encontrar la fuerza para enfrentar este nuevo capítulo de nuestras vidas señalando el camino de la esperanza. La vida encierra un ciclo y dentro de ese ciclo cada vida debe abrirse y cerrarse cuando le corresponde. Así, Eilert cumplió ese ciclo.

Hoy me acerco a ti para decirte muy quedo, estamos juntos, te ofrezco un abrazo, te quiero mucho.

XI

Cuando la vida transcurre serenamente, la existencia de quienes nos rodean no hace mella en nosotros. Las circunstancias transcurren naturalmente y los eventos se suceden, llenándonos de alegría y tranquilidad. En esos momentos, el futuro de quienes queremos no significa más que una realidad que está allí y no causa un asombro particular en cada uno de nosotros.

Pero cuando el sufrimiento de la vida nos golpea incesantemente, la palabra del deber y de la verdad fluye, erigiéndose como un mástil que guía nuestro barco y que se transforma en nuestro norte.

Así, la muerte de un ser querido nos deja atrapados en un instante de nuestra vida que tuvo comienzo pero que no alcanza a llegar a su fin.

Solo ese ser podría liberarnos de la sensación de vacío que invade nuestra existencia, y es por eso que hay horas de nuestra vida que nunca vuelven.

Es en esos momentos cuando nuestras fuerzas desfallecen y buscamos ciegamente todo aquello que nos ayudaría a volver a encontrarlos.

Nos sentimos incomprendidos porque ya el valor absoluto de las cosas no tiene sentido, no quisiéramos sentir el mundo exterior. Estamos indefensos, desarmados, y lloramos locamente nuestra pena.

XII

El dolor, al igual que el amor, es un sentimiento; sin embargo, el dolor es algo que crece dentro de nosotros y que si no lo controlamos puede invadirnos por completo. Cuando aceptamos que su presencia nos asedie, perdemos el sentido del balance y luchamos constantemente por comparar mi dolor con el tuyo. De esta forma ese pequeño árbol que llevamos por dentro crece como un baobab; sus raíces se hunden en nuestro corazón y nos violentan completamente.

"A mí me duele no tener madre, a ti te duele no tener hijos, al de más allá le duele haber perdido un ser querido y quizás al otro le duele no tener su hermano cerca".

Esa competencia es banal y sin sentido. Cuan reconfortante sería acercarme y decirte, perdiste un ser querido, estoy contigo, toma un abrazo; pero nuestro egoísmo, nuestra prepotencia, nuestra terrible arrogancia, no nos permite este

gesto genuino de humanidad. Es necesario competir y demostrar que yo sufro tanto o más que tú y que por ello me puedo dar el lujo de encerrarme y hacerme incomprensible. En fin, es mi dolor.

Todos sufrimos mucho, cada cual por algo que, aunque de manera general parezca similar, se transforma en algo sutilmente diferente pues tiene un componente subjetivo muy personal. En todos los casos se transforma en una sensación espantosa de soledad que nos carcome y nos hunde.

Esta terrible sensación se sublima al velar por el otro, asegurar su bienestar. Así se transforma en un sentimiento llevadero y a veces hasta amigable con quien podemos conversar y compartir.

XIII

A veces, escribir me hace falta, llevar al papel, amigo fiel y callado, las angustias y las ilusiones que se funden en mí.

A medida que pasa el tiempo siento más necesidad de este amigo que me permite contarle lo que llevo por dentro, escuchando sin quejarse, resguardando con amor mis confesiones.

Mi vida hoy transcurre de angustia en angustia, de rutina en rutina, como todas las vidas que me rodean. Sin embargo, me revelo contra esa rutina contra esa angustia también rutina y contra los momentos felices, también rutina. Siento miedo, no puedo expresarlo, me aísla. A veces quisiera correr, otras esconderme, otras gritar. Por qué la vida y la muerte se funden en cada ser, por qué se nos permite ser felices si luego hemos de ser infelices, por qué se nos permite vivir si luego hemos de morir.

La vida se repite como cada segundo repite al segundo anterior y cada minuto al que le precede, sin que podamos evitarlo o guiarlo. No entiendo el sentido de la vida, tampoco el de la muerte, sin embargo, estoy inmersa en ellos y son tan rutinarios que me abruman.

Cómo cambiar el curso de las cosas, cómo lograr entender al mundo que me rodea si no puedo entenderme a mí misma, si no puedo cambiar el ritmo que tengo que seguir.

XIV

Cuatro hombres, allí están, de diversas edades, todos valientes enfrentando a la muerte, su trabajo diario, su forma de vivir, de ganarse el pan para seguir en la rueda de la vida.

Golpes secos retumban en el vacío de la verde pradera del cementerio: sólo yo lo escucho, sólo yo estoy allí para presenciar lo que ha de acontecer, Njal no está, escapó; su necesidad de estar siempre activo para no pensar le permite evadir el momento: hace unos minutos me dijo... voy a irme con las lápidas que quitaron de las tumbas... las voy vender... Vender las lápidas..., no tener que presenciar como sacan a Eilert... Él sabe que mientras yo esté allí, con él, puede hacerlo, puede irse, sabe que está seguro conmigo. Yo no lo abandono. Ya se fue, quedo sola frente a un reto más grande que yo. Lo asumo con el mismo amor con el que he asumido otras cosas.

Sonidos secos, directos, violencia en los sellos, los faustos y los diablos se asoman por las ranuras de la urna cuando la luz del sol hiere sus ojos, y se escapan en forma de olores indescriptibles que llenan todos los rincones del espacio de la pradera. Las correas, las que hace tantos años se usaron para descender la urna a su lugar, ahora trabajan a contracorriente; suben la urna hacia la superficie y sus chirridos semejan gritos de dolor que nadie escucha. Son alaridos internos, solitarios, íntimos, míos, tal y como es este momento; una entrevista solitaria entre Eilert y yo. La urna, irreconocible, hecha herrumbre, no tiene ni un pedazo limpio; oxidada, corrompida por el agua, la tierra, los gusanos, la muerte. Sello triunfal del final de una vida que se truncó demasiado pronto.

Agua, mucha agua corre por el borde de la urna, por cada resquicio. Con ese gesto limpia cualquier sentimiento encontrado que haya quedado: aclara la mirada a pesar de la herrumbre, permite ver claramente lo que sólo la inocencia ayuda a reconocer. Esa agua que recorre cada espacio de la urna se confunde con las lágrimas que se asoman a mis ojos, se mezclan; esa agua oxidada que sale de la urna, limpia mis ojos y me aclara la mirada.

Soledad, sólo tengo el abrigo de un árbol cercano al lugar donde se realiza el acto; él me cobija y me ofrece su sombra. Caen hojas y al vuelo se posan en mis hombros como si quisieran consolarme, me acarician suavemente. Aparece el sepulturero. Su labor con su traje viejo y negro, brillante y sin garbo, es cuidar a

la señora sola; cuidarme de cualquier desmayo imprevisto y oportunista. Vive de esto, del contraste y lo duro de la escena.

Olores profundos, ácidos y agrios dominan el acontecimiento. Son como un vaho pesado que no se escapa, que entra por la nariz, por las orejas, por cada apertura por la que pueden deslizarse. Ese olor se aloja en cada trozo de piel, en cada rincón de mi corazón, es lo que queda de Eilert, olores.

La urna ha culminado su recorrido hasta la superficie: la domina el color naranja, mucho oxido; al levantar la tapa, una maraña de algodón manchado y una tela desgarrada irreconocible se asoman... allí tenía recostada su cabeza Eilert. Su cráneo negro como el hollín, sus huesos delgadísimos e irreconocibles.

Su vista me lleva a momentos pasados lejanos y cercanos: El viaje a buscar el cadáver, mucha lluvia, Knud, sus ojos, la tristeza de Njal, su mirada sin esperanza, mi vientre seco, mi honda tristeza por no saber compartir este momento tan doloroso con quienes son más protagonistas que yo.

...

¡Angustia! ¡Que no llegue Njal! Debo protegerlo, ha sufrido mucho....

Una bolsa de guerra plástica, gris, me mira, se burla de mis sentimientos, tiene un letrero en un lado, números que se confunden a través de mis lágrimas.

Muerto en la guerra de la vida.

El cierre de la bolsa tiene una larga cinta, el desenterrador sube el cierre, cubre lo que queda de huesos de las piernas, cubre el cráneo, parece que el tic tac del tiempo lo sabe todo. Njal llega justo cuando los dos últimos dientes se enlazan uno en el otro y ya lo que era él, Eilert, es una bolsa que casi no pesa, tres o cuatro kilos de hueso dentro de una bolsa de plástico gris, sin personalidad, que no transmite ningún sentimiento, que puede verse fríamente ya que no se intuye lo que hay detrás de esos dientes, de ese cierre.

La vida es una mueca constante. Soy la única que ha visto a Eilert reducido a huesos negros y fétidos y cubiertos de moho. Recién enjuagados y brillantes por el agua que estaba dentro de la urna, toda oxidada y llena de colores marrones y de metal; el otoño de la vida que a él le llegó demasiado temprano.

La mueca de la vida.

El último paso, la última mirada me la diste antes de pasar a polvo, durante la cremación. Polvo eres y en polvo te convertirás, pero mientras alguien te recuerde seguirás vivo. La ironía del carnaval de los miércoles de ceniza...

Pero el polvo que salió de ti era de color rosa, ¿De dónde? ¿De huesos negros? ¿Cómo? ¿Qué pasó? Sigue la ironía, la burla; el color rosa trae memorias de esperanza, de amor, de dulzura. Gracias Eilert, sin quererlo tus huesos calcinados devuelven una sonrisa dulce, triste, pero de esperanza a ese otoño oscuro y casi de invierno que representaban tus huesos negros.

Me invade el silencio, sólo escucho su sonido en mis oídos, tssssssssss..... el sonido de la nada, y me llena tanto que me impide pensar. La injusticia, la justicia, el amor, el egoísmo, todos los sentimientos se agolpan dentro de mí.

Yo, ¿Quién soy yo?

XV

Una réplica de su padre, Knud ha sufrido, por múltiples causas.

Dio un paso fundamental: al mudarse de la casa donde nació y creció. Esta es su segunda salida; la primera vez salió por su voluntad hace varias décadas para vivir con nosotros; por ese lugar luchó; ese hogar le quedó en herencia de su padre, lo recibió cuando Eilert murió; ha sido el nido donde nació su matrimonio; ha sido el lugar que vio nacer y crecer a sus hijos. Se mudan. Dejan atrás un espacio que le causa desasosiego.

Siento esperanza en que salir de ese apartamento y vivir en otro lugar –sin historia para él, con historia para otros–, será un paso fundamental para tranquilizarlo y permitirle ver las situaciones con más sosiego.

Hubiese sido maravilloso usar el momento para que Njal, él y yo nos hubiésemos abrazado con amor y para hablarle a la familia, explicando la posición que cada quien ha jugado en la vida y reconociendo el valor de la presencia o ausencia de cada quien.

¡Quizás es demasiado soñar!

XVI

Se cierra un ciclo, se cierra este cuaderno. Nueve años de recuerdos están aquí reflejados. La jornada debe cambiar de dirección hacia mis reflexiones, menos impulsividad, más madurez al aceptar responsabilidades.

Njal me necesita y yo necesito descansar y estar descansada y relajada al final de la jornada. Demasiadas veces este año me consigo corriendo detrás del unicornio azul para al final del camino sentir que sacrifico situaciones que me enriquecen y a cambio no es mucho lo que obtengo. No hay rencor, hay reflexión. Los ángeles que ilustran este cuaderno son un vivo reflejo de ello, compartir, educar, confiar, amar.



XVII

En el fondo del cuarto, con la luz del sol entrando por la ventana del fondo se veía un baúl de madera que estaba colocado cerca de la cama de matrimonio. El baúl donde por muchos años, cada noche guardaba sus sueños. Sonrientes, nostálgicos, precisos, diversos. Siempre intentaba acostarse luego de guardarlos

cuidadosamente en su sitio para que al día siguiente pudieran acompañarla en su paso por la vida. Con el tiempo -ese intruso que nunca nos abandona y siempre nos acompaña de forma irremediable e implacable-, perdió la rutina y ya no guardó más sueños. El baúl, se comenzó a llenar de telas de araña, las cerraduras se desvencijaron, los bordes se llenaron de polvo, el moho comenzó a infiltrarse por el forro. El baúl comenzó a sentirse triste y solo. Ella también comenzó también a sentirse triste, ya no tenía ilusiones. Ya no sentía que sus sueños se cumplirían. Pasaron varios años y ella seguía silenciosa. Su vida se iba transformando en una rutina. Cada día, cada hora se repetía a sí misma, no acababa nunca.

Un día levantó su mirada y por la ventana vio una bandada de aves desplegando un frente, aves que habían decidido levantar vuelo. Gran cantidad de polvo se levantó del suelo y la arenilla le cubrió los ojos, le nublaron la vista, la dejaron ciega por un instante, cayó en ensoñación. Había llegado el otoño de su vida quien muy cuidadosamente y con rayos de luz, había comenzado a asentarse en las laderas de los montes de su historia; el sol la iluminaba oblicuamente con un colorido entre naranja y oro. Ya ese sol no calentaba como en verano, quemante, ansioso, apresurado, pero su tibieza era acogedora y la arrullaba como para quedarse dormida de nuevo.

Comprendió que era el momento de acercarse al baúl, de reconciliarse con sus sueños. Intentó levantar la tapa que rechinaba, tenía mucho tiempo sin abrirse. Las telas de araña se habían enseñoreado en él y lo cubrían con gran fuerza. Se estiraban al máximo antes de ceder suavemente para impedir que la intrusa violara su secreto, el secreto del baúl. Finalmente, levantó la tapa y se topó con innumerables sueños, muchos por cumplir, sus sueños. Tal y como ella recordaba, estaban preciosamente ordenados, uno al lado de otro como pequeños lienzos enrollados, cada uno con su cinta, verde, azul, naranja, dorada. Del borde de cada sueño se asomaban caritas felices de niños traviesos que jugaban escondiéndose dentro de sus propios pergaminos. Los sueños empezaron a retozar de forma ruidosa, estaban contentos de ver a su ama y comprender que ella había decidido reconciliarse con ellos. Cada vez más felices comenzaron a hacer travesuras y en ellas, empezaron a deslizarse por el borde de los lienzos para intentar saltar entre ellos. La confusión fue inmensa, los

sueños se confundían, saltaban, gritaban y se escurrían. Cada vez que trataba de colocarlos en su lugar, se le escapaban entre los dedos para esconderse todos en un lienzo, o en una esquina de la tapa que estaba despegada, donde sea... Ya no podría reconocerse a qué época de su vida correspondían. En un momento dado uno de los lienzos tomó la forma de ave, todos los demás siguieron su ejemplo, un polvo de oro se levantó del baúl, los sueños la rodearon y la elevaron, querían escaparse, transformarse en recuerdos, dulces recuerdos cada uno de una época, un momento, una historia, entonces desperté.

XVIII

Como libélula que soy, estaba escondida detrás de una cortina agitando mis alitas para escudriñar en el corazón de dos amantes de vieja data, no recuerdo cuantos años juntos tenían, pero eran muchos. Mi aleteo era muy suave e impregnaba el salón de un aroma dulce y suave que refrescaba junto con la brisa el espacio donde ellos se encontraban.

Ambos estaban sentados juntos tomándose de las manos y mirándose muy dulcemente a los ojos. Ella comenzó la conversación mientras le decía con sus gestos cuanto lo amaba:

La vida a veces tiene sus caminos, incomprensibles, pero son los que ella decide tener. Yo tenía anhelos y no sabía si iba a poder lograrlos. A lo largo de este mes, casi sin querer, la vida me regaló todos, cada uno en su estilo.

Ella hablaba de anhelos cumplidos para una celebración de 25 años de casados. Y continuó mientras yo esparcía escarcha dorada por el ambiente:

Que hermosas las rosas, una docena de rosas rojas de tallo largo, preciosas. Las traje aquel sábado, lindas, gracias, son parte de mi regalo de aniversario. Con ellas renovamos nuestro amor y confirmarnos que somos el hombre y la mujer escogidos por cada quien es hermoso. Que las pruebas a las que ha sometido la vida nuestro amor las hemos superado con creces.

Hoy compartimos unas lindas palabras, hoy renovamos nuestros votos.

Y así fui cerrando la cortina poco a poco, mientras la brisa la agitaba y dejaba colar un susurro del mar que decía te amo. Ambos cayeron en su sueño de amor que sellaron con un hermoso beso

XIX

A treinta años de estar juntos, ¿Quién ha dado más? ¿Quién ha cedido más? ¿Quién ha perdido más? ¿Quién ha ganado más? ¡Difícil decisión!

Volteo mi mirada y busco a aquella niña enamorada de aquel hombre maduro.

Hoy ese altivo caballero es él, un poco suavizado por la edad y por la vida. El yo ha sido sustituido poco a poco y parcialmente por el dulce nosotros. Como quien vierte una cucharada de azúcar en el café para que se disuelva.

Son las tres de la mañana, el cielo llora esta noche y lava mis heridas de antaño con cariño. En cada una de ellas, el agua que cae las acaricia como un bálsamo para sanarlas. El sonido de las gotas al caer se transforma en el eco cristalino que acompaña mi crecimiento, como mujer fecunda de conciliación.

Como en el Principito cuando la rosa llora al irse el niño y abandonarla. Quien queda más triste no es la rosa, es el principito. La rosa está atada a la tierra y expresa todo su amor siendo esa bella flor con dos o tres espinas. El principito le jura su amor, pero la abandona. La rosa orgullosa no quiere que la vean llorar en su soledad.

He llorado mucho, jurar amar y abandonar es posible también en la vida real. Además de los hechos, donde los sueños y las mentiras blancas están excluidos, existen momentos a fabricar en medio de las lágrimas para hacer sonreír a quien está a tu lado.

XX

Esa noche era de fiesta. Poco antes habíamos estado en la cocina de la casa preparando cada plato con mucho esmero y cariño. La cena de esa noche era de gala, cada plato era un primor y cada detalle se cuidaba con esmero.

Desde el balcón podía observar el conjunto, los movimientos de las personas, y podía además tener una visión global de lo que pasaba en la reunión. Ya muchos de los invitados habían llegado y se desplazaban con elegancia y desparpajo a través del jardín. En la fiesta había mucha alegría. La casa era espaciosa y escaleras de caracol permitían el acceso a los diferentes espacios ubicados en diferentes niveles. La comida era fresca; ensaladas y pasapalos, plenos de

colores donde predominaban los rojos del tomate, los verdes del pimiento, el aceite de oliva, quesos y aceitunas y pescados exquisitos.

Al balcón se accedía desde un salón especial, ambientado para sentarse cómodo y conversar de cualquier banalidad o de cualquier tema más serio. A lo lejos se escuchaba la música que provenía del salón de baile, decorado de forma sencilla; un mueble de madera brillante acodado en una de las paredes largas, decorado con dos candelabros de cristal, donde la luz del sol jugaba como dentro de un prisma, produciendo múltiples colores que danzaban pícaramente en el ambiente del salón; pocas sillas, un piso de listones de madera dorada muy pulida ideal para desplazarse durante el baile, unos inmensos ventanales con cortinas en tonos verde agua, vaporosos y leves, que danzaban emulando la brisa fresca y susurrante que entraba por las ventanas. Más lejos se vislumbraba el intenso azul del mar con sus crespones de olas que rítmicamente se acercaban y se alejaban de la orilla como enviando un mensaje de amor. El contraste producía a la vez remanso y emoción y convidaba a las parejas a enlazarse por la cintura para perderse en el maravilloso encanto de un bolero o de una guaracha, olvidando a quienes les rodeaban. Los invitados deambulaban por la casa y al encontrarse bailaban unos con otros sin saber quién estaba detrás de cada alegre y risueña máscara.

El jardín que se vislumbraba desde el balcón era de diseño sencillo, con caminos de arena, que bajaban en espiral hasta una plazoleta blanca repleta de materos plenos de flores en color coral y amarillo, rosas que despedían un aroma intenso y agradable. La luz del sol, oblicua al caer de la tarde, acariciaba cada rosa, cada grano de arena, cada sombra, y suavizaba la faz de las personas dándoles un cariz de ternura y satisfacción.

Una viejecita coqueta estaba sentada en el jardín. Un caballero apuesto asomado al balcón la contemplaba. De pronto decidió bajar a cantarle una dulce canción. Quienes observan la escena se embelesan. Yo estaba también asomada al balcón, vestida de blanco. La canción me sedujo. Sentí la sensualidad de la brisa acariciando cada poro de mi piel. Mi piel estaba sudorosa por el estío de la tarde y las mariposas confundían este sudor con miel. Un enjambre de ellas me rodeaba, me acariciaba.

Desperté, sólo había sido un sueño. Sin embargo, ahí estaba la luz del sol que me iluminaba al entrar por la ventana, el mar susurraba a la distancia ofreciéndome su color azul intenso encrespado con sus hermosas olas. ¿Había sido ciertamente un sueño?

XXI

Soñé que me tocaba cuidar a un señor viejo, barbudo y malhumorado que vivía en una casa construida en una colina. Por alguna razón yo no estaba allí y quería entrar para cumplir mi labor. Llegué y vi el nombre de la casa labrada en letras de bronce en el muro. Quise explorar qué acontecía en la casa y observé que la puerta estaba abierta. Por la misma se asomó una viejita coqueta. Yo misma.

Quiero seguir viendo lo que ocurre y pasan cosas divertidas. Me veo entrando a una cocina linda que se encuentra en la casa de la colina. La cocina tiene un fogón de piedra como una chimenea y una mesa larga de tablones de madera donde están colocadas varias fuentes. Una tiene los huevos, limpios, rosados y grandes, otra tiene la leche y más allá hay una que tiene la harina y el azúcar. Me pongo el delantal blanco y comienzo a mezclar los ingredientes para hacer unas bolas de masa dulce. Preparo la masa, la dejo reposar y luego hago las bolitas que salteo en una sartén. El aroma de la masa se esparce por todo el salón. En el cuarto de al lado suena una sonata de Brahms, en un caldero sobre el fogón se cocina un melado de papelón humeante en el cual vierto las bolitas de masa listas y escurridas con una espumadera.

Los niños juegan afuera, se acercan a la ventana, sonrientes para ver que hago. Preparo con cariño y cuidado la comida para una cena de gala.

En el teatro se celebra un homenaje a mi imagen detrás del espejo. En la entrada las personas están entusiasmadas y alegres. Al cruzar la puerta, alguien me agarra del brazo, me mira lleno de orgullo y lágrimas en la mejilla. Quiere entrar conmigo y acompañarme.

El teatro, en forma de herradura y sillas tapizadas en terciopelo azul, es hermoso. La lámpara de araña de cristal de bohemia está baja, roza las plumas del tocado de las mujeres en la platea. Al fondo, una escalera de caracol asciende hasta por encima de la lámpara y muchas personas contentas y sonrientes se preparan para subir. Al subir encuentran un balcón donde en el piso de más abajo hay un

apiario. Un señor lo cuida; quise acercarme a él a preguntarle algo. Comenzamos a pasear y las abejas revoloteaban a mi alrededor y me susurraban respuestas que no tenía.

Vuelvo al teatro por un pasillo largo. Durante la caminata aparecen duendes y pitufos que salen de un cuarto pequeño donde unos saltimbanquis los distraían. Subo por una escalera amplia y de escalones hermosos, con una alfombra azul, hasta llegar al teatro donde la gente me espera. Un hombre grande y fuerte me abraza mucho rato. Bailamos muy cerca el uno del otro. La gente se despide. Me desperté abrazada a mi almohada.



XXII

Estamos en cuarentena...encerrados, aislamiento social requerido para estar a salvo de la pandemia del coronavirus.

Esta cosa minúscula ha trastocado nuestro mundo, que dábamos por sentado. Estamos en el medio de una pandemia, igual que hace unos 100 años.

Esta crisis ha destapado una caja de Pandora, no como la de la mitología griega en la cual sólo al final con hálito muy débil surge la esperanza. La caja de Pandora del siglo XXI ha dejado aflorar “lo mejor de los mejores y lo peor de los peores”. Ahora más que nunca comprendemos cuán social es el ser humano. La cuarentena nos ha recordado la necesidad del contacto diario con otras personas. Ante las pocas soluciones disponibles y teniendo casi como única arma el aislamiento, cuarentena o distanciamiento, frente a esta amenaza, solo la solidaridad de la especie humana nos hará pasar este tránsito de modo menos doloroso.

Estamos perplejos frente a la pandemia, con la estupefacción y paralización correspondiente. Incertidumbre, recapacitamos, muchas cosas que nos rodean no son previsibles, escapan a nuestro control, requieren de acciones rápidas para intentar alterar el desenlace si no se toman acciones, si no se actúa.

Es una pandemia sola, triste y silenciosa. Sin embargo, me ha servido para sentirme libre y sin horarios. Para crear, para escribir, para detenerme, para reflexionar, todo sin horario, sin estar presa en el “tengo que”.

XXIII

Leo de nuevo los recuerdos de Njal. Poso mi mirada en el único recuerdo sobre mí, la palabra “severa”. Eso me define luego de tanto tiempo. Reflexiono...es severo que te digan “no perteneces a mi familia”, la que escogí amar sin condiciones; severo es que me prohíban expresar el amor que siento por Tove y Narve, negar la posibilidad de sentir el dolor que siento por la pérdida de Eilert. Podría estar triste. Mi corazón agradece. 42 años hablan de mi capacidad de entrega, de amor incondicional. Seré un recuerdo difuso y tenue para Tove y Narve, a quienes la vida no me permitió amar. Seguramente estas líneas están destinadas a desaparecer. Agradezco por ello. Así entraré en el terreno de la leyenda. Nadie sabrá si existí o no.

XXIV

Y finalmente llegamos a la mudez. Asisto con estupor a la escapada final de Njal. Está vivo. Físicamente respira, su corazón late, sus funciones fisiológicas están allí, pero su espíritu ya no nos acompaña. Ha sido rendido por un enemigo

invisible que se rehúsa a ser descubierto para ser sometido y controlado. Njal logró lo que quería, aislarse y encerrarse y separarse del mundo para no sentir, no interactuar, no nada. Una ironía más de la vida, Njal doblegado por este flagelo. Hoy la batalla la ha ganado la mudez, ya el silencio no está.

XXV

Al final la soledad no es sólo interminable sino indetenible. Continuar soñando e intentando es mi libertad.

Preguntarme si estoy satisfecha y escucharme responder “debes continuar abriendo puertas sin saber qué encontrarás al abrirlas, abrázate a lo desconocido, descubre otras maneras de conocerte”.

Como un riachuelo, siempre pero nunca el mismo. En sus aguas, la vida navega. Podemos entrar y salir de ellas con experiencia o lanzarnos al torrente y dejarnos llevar hacia ninguna parte, como la vida y su indómito caudal.

La tristeza no nos cabe en el corazón, se desparrama a nuestro paso dejando cristales de sal, un rastro para desandar el camino y estar de vuelta a la hora de reconstruir, pero la alegría también está allí.

Una tarde de mayo de hace muchas décadas años nos conocimos. Entonces cayó una lluvia corta, que, aunque tenía prisa, logró mojar la tierra y permitir que se desprendiera el olor a tierra mojada, casi olvidada, con recuerdos infantiles mezclados de forma juguetona con aromas del cerro que tanto amamos y que ha sido testigo de nuestro recorrido.

Mis anhelos para estos próximos años, seguir creciendo.

Para que el alma crezca a veces el corazón debe ser destruido. Para ganar maestría es necesario dismantelar lo que tienes dentro. No destruir lo que haces, pero si el deseo de poseer lo que haces. Al hacer las cosas desde lo profundo de tu alma, el corazón se llena de alegría, como el río que eres y fluye dentro de ti.

